

Los Rituales de la Muerte

Esta caminar en los primeros 15 metros del lado oriente de la calle San

en las proximidades de la Estación Central. Cientos de velas ennegrecidas por el antiguo muro del lugar, nueve casitas de latón y cemento están pegadas a la muralla. En ella, mil placas de bronce, mármol, cobre o plástico agradecen al animita los favores recibidos. Los nombres varían: Romualdo, Reinaldo. Los apellidos también: Ibáñez, Ivannis, Ivani o Santibañez. Ninguna placa coincide en la denominación del animita. Los devotos asistiendo al lugar tampoco concuerdan con la historia. Una señora de unos 40 años

"Fue un trabajador asesinado por asaltantes cuando salía medio cura a una cantina"; para un obrero que lleva unas velas "era un joven estudiante nocturno que lo mataron cuando él llegó a su casa". Otros desconocen la historia y una colegiata señala que en el lugar había varias animitas. El culto a las ánimas del Purgatorio es una de las formas más frecuentes de culto popular en nuestro país. No es exclusiva sólo de los católicos, a ellas también fieles protestantes. Es una tradición que se da a quienes han muerto de manera trágica y violentamente.

En septiembre de 1980, el Centro Bonaerense dio a conocer una encuesta realizada en Santiago, allí se concluyó que por ciento de sus habitantes le culta. Recientemente, en una encuesta realizada en poblaciones pequeñas de la comuna de Pudahuel, un 10 por ciento de los entrevistados afirmaron creencia en las animitas. En el largo del territorio nacional se encuentran verdaderos santuarios a las ánimas del Purgatorio. En Calama, en el norte, que fueron hace poco ultimados por los bancos por agentes de la policía. Se ha levantado una cruz monumental. En Concepción, el día 2 de noviembre, en Laguna Redonda, se preparan por el alma de Petronila Meza, una vecina del lugar que murió trágicamente. En una calle de Valdivia se encuentra el alma de Evaristo Montt; más allá, en la pared contienen los nombres de agradecimiento de sus familiares. No hay camino, por apartado que sea, que no tenga en su vera una cruz o una casa que recuerde la muerte de un ser humano.

Por Juan Guillermo Prado

En Santiago se refundó a comienzos de este siglo la Cofradía de Animas, que cuenta, incluso, con una iglesia en la calle Teatinos. Esta institución tiene en sus estatutos una curiosa disposición: sus miembros pueden ser personas vivas o difuntas.

En el altiplano

En las aldeas de la precordillera de la región de Tarapacá existen diversos rituales ceremoniales cuando muere un miembro de alguna comunidad. La antropóloga María Ester Grebe explicó a "El Mercurio" que en Islluga, poblado ubicado en el altiplano al interior de Iquique, al morir un habitante se realizan dos ceremonias mortuorias. La primera ocurre al día siguiente del deceso. En el ataúd se colocan junto al cadáver frazadas, coca y comida para el viaje que el difunto emprenderá al otro mundo. Como símbolo de luto los familiares llevan en las muñecas y tobillos izquierdo y derecho, en las muñecas y tobillos izquierdo y derecho, en las muñecas y tobillos izquierdo y derecho. Cuando ha transcurrido aproximadamente un mes se realiza una ceremonia denominada "despacho del muerto". En el interior de la casa del difunto se reúnen parientes y amigos. En una manta se juntan las ropas, utensilios de trabajo y otros enseres que en vida ocupaba el difunto. Estos se colocan sobre una mesa al centro de la habitación y se encienden velas. Los asistentes rodean la mesa y distribuyen coca y alcohol. La conversación gira en torno a la vida del finado. Al día siguiente un personaje del pueblo, que llaman el "maestro" y que representa al difunto, concurre hasta la casa. Allí se despiden entre lágrimas y consejos de los familiares y amigos. Tomando el llamo favorito del muerto, la manta y sus enseres acompañado de cuatro ayudantes se encamina a la cima de un cerro. En el sitio sacrifica al animal y lo incinera junto a las cosas del difunto, que luego entierra.

En otras aldeas del altiplano, en cambio, se realiza una ceremonia denominada la "fiesta de la viuda". Cuando una mujer joven ha perdido al marido guarda durante unos tres meses un riguroso luto. Al concluir este tiempo, tiene derecho, con el consentimiento de la comunidad, a elegir a uno de los hombres del pueblo y por una semana, junto a él, olvida las penas causadas por la muerte de su esposo. Aún más curiosas resultan las costumbres de los habitantes de Cancosa, un pequeño caserío del altiplano, quienes hasta hace poco llevaban luto por la muerte del Inca Atahualpa.

Velorio de angelitos

Los "velorios de angelitos" son una tradición que tiene gran vigencia en las zonas rurales, especialmente entre Coquimbo y el Bío-Bío. La referencia más antigua a este tipo de manifestaciones se halla en el relato del viajero alemán Adalberto von Chamisso, quien en 1816, en Concepción, afirma haber presenciado esa clase de velorios: "Si después de bautizado muere un niño, la noche antes del entierro adornan el cadáver como la imagen de un santo y lo colocan en una pieza iluminada sobre una especie de altar con velas encendidas y coronas de flores. La gente se reúne y pasa alegremente la noche cantando y bailando".

En realidad, la descripción del escritor alemán poco difiere con los "velorios de angelitos" que se hacen en las zonas agrícolas del país. Una tradición aconseja que no hay que llorar cuando muere un angelito, pues "se le mojan las alas y no puede volar al cielo".

Esta costumbre varía según las regiones. En el Norte Chico, por ejemplo, se bailan "danzas" y "lanchas", formas coreográficas similares a la "refalosa", donde no se canta y la música se interpreta solo con guitarra y bombo. En otros

lugares si el "angelito" lleva en su cabeza una corona de monedas signfica que sus progenitores pueden costear el entierro. De lo contrario, los asistentes deben colaborar con ellos dejando su aporte a los pies del niño.

Pero no sólo se baila a los "angelitos". En la zona de Illapel y Combarbalá, a los muertos, aunque sean mayores de edad, se les interpretan danzas y "lanchas", que cada persona baila individualmente, llevando en sus manos pequeñas banderas o pañuelos.

Salmos gregorianos

En Vilches, lugar ubicado hacia la cordillera a 65 kilómetros al interior de Talca, hay un ritual propio del pueblo: se le cantan salmos a los muertos. Cuando muere un vecino de esa localidad agraria, al llegar a la iglesia lo recibe un grupo de fieles que entonan salmos en ritmo gregoriano. Al salir, luego del velorio, se despiden al muerto con las mismas melodías. Estas, incluso, se cantan en el cementerio. Este singular rito se viene realizando desde hace más de una década y su creador fue el diácono del lugar, Samuel Rebolledo. Participan en la ceremonia hombres y mujeres que pertenecen a la comunidad cristiana de base.

Cementerios simbólicos

Los habitantes de las caletas de la región del Biobío entierran simbólicamente a los pescadores ahogados en alta mar y cuyo cadáver no se ha encontrado.

El profesor Roberto Contreras Vaccaro indicó a "El Mercurio" que estos entierros se hacen en diversos lugares de la zona. A eso se debe que en Tumbes, Lota, Tomé, San Vicente y Punta Lavapié, en Arauco, existan cementerios donde no hay muertos.

Al hundirse una embarcación se espera un tiempo cercano a los tres días. Si no aparecen los naufragos, se les vela 48 horas o más. Para ello se confeccionan pequeñas urnas de madera de cerca de 50 centímetros de longitud y se las pinta de color blanco. En el in-



Cientos de placas de agradecimiento tiene la "animita" de Evaristo Montt, en una calle de Valdivia.

terior se colocan las ropas del desaparecido y su foto. Luego todos los pobladores de la caleta en procesión llevan las urnas hasta los singulares cementerios. Allí se despiden de los difuntos, a nombre de sus colegas, el presidente del sindicato de pescadores y el alcalde de mar. Se entierran las urnas y las coronas se tiran al mar. Al finalizar la ceremonia se hace una colecta para ayudar a los deudos de las víctimas.

Ritos chiles

En el archipiélago de Chiloé, como en otros lugares, se cree que ciertas aves reales o míticas anuncian con su canto la muerte. Pero gran importancia se atribuye al fallecimiento de un familiar o vecino la acción maléfica de los brujos.

Los velorios en Chiloé se realizan en la casa del difunto. Allí se canta, con entonación lenta y triste, los "misterios gozosos" si el muerto es niño y los "misterios dolorosos", si es adulto. Los hombres se instalan en una pieza y las mujeres en otra. Se reúnen sólo para rezar. El cadáver se vela hasta dos días. En el ataúd se coloca una varilla para que el difunto se defienda de los perros rabiosos; un pañuelo para las escenas tristes y una moneda

para pagar las faltas y pecados. Las oraciones se dirigen a diversos santos: a San Pedro, para que le abra al muerto las puertas del Cielo; al Ángel de la Guarda, para que lo guíe en el camino que debe recorrer; a San Miguel, para que pese en la balanza de la Justicia Divina las buenas obras del fallecido.

Luego del entierro se realiza un novenario. Durante nueve días los familiares y amigos se reúnen en la casa del difunto para orar rezos tradicionales. Estos son dirigidos por un fiscal, encargado del cultivo en las capillas de Chiloé, o una rezadora. Finaliza el novenario con una comida para los asistentes. Al cumplirse el aniversario de la muerte se rezan nueve rosarios seguidos en una noche. En esa ocasión nuevamente se cena y se recuerda elogiando al finado.

El primero de noviembre, fecha en que equivocadamente se recuerda a los muertos (el día correcto es el dos) es desde antaño una fiesta popular en muchas zonas rurales del país. En las cercanías de los cementerios se instalan ramadas, se hacen asados y hay cantos y bailes. El pueblo chileno así pareciera cumplir con la divisa del escudo de armas del conquistador Pedro de Valdivia: "La muerte menos temida da más vida".